

LA AGONÍA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO OCCIDENTAL

Traducción de Carlos Martín y Carmen González.

JOHN DUNN

(CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS, 1996, 227 PÁGINAS).

¿Hasta qué punto una determinada gama de creencias —las concepciones de la política que se han desarrollado en el mundo occidental a lo largo de los últimos dos milenios y medio— ha permitido a quienes las sustentaban entender el mundo en el que vivían y el futuro que tenían por delante? Han cambiado muchas cosas de 1977. Pero la pregunta en sí no ha perdido nada de su carácter pertinente, ni de su urgencia. Para entender la política tenemos todavía que saber qué resulta razonable que queramos, y por qué cosas resulta razonable que nos preocupemos; cómo es en estos momentos el mundo humano, y por qué es como es, y cómo podríamos actuar para alcanzar lo que queremos procurarnos y las cosas que nos preocupan. Esto es lo que la teoría política intenta mostrarnos. ¿Hasta qué punto está bien equipada para semejante tarea? (1)

Los editores de Cambridge University Press decidieron en 1993 hacer accesible nuevamente el libro de John Dunn *Western Political Theory in the Face of the Future*, publicado originalmente en 1979, y además lo han traducido para la audiencia de habla española, edición que aparece en 1996. (2) El párrafo citado arriba parece expresar el razonamiento justificador de Dunn para reeditar un libro escrito hace casi veinte años— veinte años, por lo demás, particularmente accidentados en términos políticos e ideológicos. He extraído estas palabras de un nuevo Prólogo añadido por Dunn. Además, Dunn ha incluido un nuevo e interesantísimo capítulo completo a manera de Conclusión.

Siempre se marca un hito cuando un autor de reconocida trayectoria reflexiona sobre el sentido de su disciplina en forma muy general. Es esto lo que nos ofrece John Dunn en este libro. Dunn es una de las voces más importantes e influyentes de la teoría política contemporánea anglosajona, tanto por ser impresionantemente

1 "La agonía del pensamiento político occidental" (Cambridge University Press, 1996), p. ix.

2 Lamentablemente los traductores lograron transformar el inglés consistentemente fluido y elegante de Dunn en un español por momentos duro y alambicado. Además no se percibe ninguna justificación para la grosera rendición española del simple y directo título inglés, "Western Political Theory in the Face of the Future", al casi apocalíptico y sin duda taquillero "La agonía del pensamiento político occidental".

prolífico, como por su asombrosa versatilidad.(3) Pero el ser prolífico y versátil no le ha impedido ser una de aquellas pocas fuentes en el presente académico de la teoría política de una voz, de una visión de lo político particular a sí. En *La agonía del pensamiento político occidental* tenemos el privilegio de presenciar en pleno funcionamiento y desarrollo la mente de un gran pensador de lo político intentando entenderse a sí misma. Dunn explicita esta característica de su libro cuando nos dice en el Prefacio a la edición de 1979 que lo escribió "... en primer lugar para aclarar mis propias ideas. La pregunta a la que he tratado de darme respuesta a mí mismo es sencillamente la de si tienen sentido mis propias concepciones del valor político y las posibilidades políticas. La respuesta es desalentadoramente indefinida, pero no es abyectamente descorazonadora."(4) La sospecha de Dunn es que la tradición de pensamiento político occidental contiene dentro de sí ciertas "anomalías centrales" que obstaculizan una comprensión cabal de lo político. Dunn reseña estas anomalías revisando cuatro ámbitos de las preocupaciones tradicionales de la teoría política, a los cuales dedica sendos capítulos: la teoría democrática, el liberalismo, el nacionalismo, y la revolución.

Lo primero que debe ser dejado en consideración, es que el hecho de que los capítulos centrales de esta obra hayan aparecido originalmente casi veinte años atrás no deja de ser significativo. A los lectores de 1997 no puede dejar de parecer un tanto anacrónico el énfasis en la dicotomía mundo capitalista vs. mundo socialista que recorre muchas de las páginas de *La agonía del pensamiento político occidental*. De hecho, luego de leer estas páginas me parece imposible desconocer la radicalidad del cambio ocasionado por la disolución del mundo socialista oriental, no tan sólo a nivel de la configuración política internacional, sino también a nivel de la filosofía política, es decir, al nivel de las maneras de concebir las posibilidades de lo político hacia el futuro. El mismo Dunn, sin embargo, en la conclusión que añade a la edición de 1993, reconoce este defecto en su texto, además de reconocer que los capítulos centrales del libro no contienen una evaluación suficientemente realista de las promesas del socialismo.

Pero esto no impide que Dunn logre elucidar el valor de la reflexión teórica sobre lo político en el mundo de hoy. El gesto intelectual preponderante de *La agonía del pensamiento político occidental* es dejar en claro que aunque en cierto sentido la teoría política está anclada en el pasado, siempre tiene puesta su mirada sobre el futuro, en cuanto a sus posibilidades y limitaciones. La teoría política es una de esas disciplinas que está permanentemente consciente de su historia: es ya innecesario repetir la cansada fórmula de John de Salisbury (c. 1120-80), predilecta del filósofo político, de que si vemos más lejos es sólo porque somos enanos sentados en los hombros de los gigantes que nos precedieron. Dunn quiere averiguar si la mirada hacia el ámbito de lo político que nos ha legado la tradición del pensamiento político occidental sigue siendo un lugar de comprensión, o si no constituye precisamente una de las causas del hecho de la confusión presente, tanto académica como extraacadémica, referente a los posibles futuros políticos de la humanidad.

3 Un rápido repaso por algunos títulos de sus libros demuestran esta aseveración. Además de numerosos artículos, Dunn ha publicado: "The Political Thought of John Locke" (Cambridge University Press, 1969); "Modern Revolutions" (Cambridge University Press, 1972); "West African States: Failure and Promise", ed. (Cambridge University Press, 1978); "Political Obligation in its Historical Context" (Cambridge University Press, 1980); "The Politics of Socialism" (Cambridge University Press, 1984); "Locke" (Oxford University Press, 1984); "Rethinking Modern Political Theory" (Cambridge University Press, 1985); "Interpreting Political Responsibility" (Princeton University Press, 1990); "Democracy: The Unfinished Journey", ed. (Oxford University Press, 1992); "The History of Political Theory and Other Essays" (Cambridge University Press, 1996).

4 "La agonía del pensamiento político occidental", op. cit., p. xii.

Para todos aquellos que se han preguntado para qué 'sirve' la teoría política, cuál es su rol en un mundo político en el cual las profecías del 'realismo' parecen cada vez más autocumplidas, el libro de Dunn puede ofrecer, si no respuestas, al menos sugerencias al respecto. Dunn nos alerta a lo que él llama "anomalías" en la tradición política occidental que persisten hasta el día de hoy, y que obstaculizan el intento de entendernos a nosotros mismos, intento que Dunn considera central a las preocupaciones de la teoría política. Lo que Dunn concibe como anomalías son los radicales contrastes que percibe en la actualidad entre las esperanzas fomentadas por la teoría política (incluyendo su vulgarización en el discurso no académico) y las realidades políticas del siglo veinte tardío.

El Capítulo 1 dedicado a la teoría democrática es quizá el más logrado y aquel en el cual es menos notorio el paso del tiempo desde 1977: la teoría democrática sigue siendo, y quizás es hoy más que nunca, "el Esperanto moral del actual sistema de Estados nacionales: la lengua en la que verdaderamente están Unidas todas las Naciones; la jerga pública del mundo moderno".(5) La jerga, sin embargo, es "el medio verbal de la hipocresía", y por ende, democracia "en la actualidad es el nombre que se da a las buenas intenciones de los Estados, o quizá a las buenas intenciones que a sus gobernantes les gustaría hacernos creer que poseen".(6) Pero como estos pasajes indican, el capítulo 1 dedicado a la teoría democrática es quizá también el más desalentador de todo el libro: "Si hoy todos somos demócratas," termina diciendo, "no compartimos con ello ningún alegre destino. Hoy en día, en política, democracia es el *nombre* de lo que no podemos tener, y sin embargo no podemos dejar de querer."(7)

Para Dunn, las estructuras sociales en las cuales estamos inmersos impiden que sea posible instaurar un sistema democrático acorde a los ideales que alimentan la aspiración democrática. Dunn, sin embargo, no cae en la majadera reiteración de quejas respecto de la inexistencia de una democracia 'plena' o 'real'. Lo que le interesa, acertadamente a mi parecer, es la incongruencia entre las concepciones teóricas de la democracia, y las expectativas con respecto a los sistemas democráticos existentes que razonablemente podemos tener. Más aún, la incongruencia no es tan solo, según Dunn, entre la teoría democrática entendida en un sentido académico y las democracias de hecho, sino además entre la concepción generalizada de lo que la democracia debería ser, y de lo que es. La democracia en el siglo veinte tardío está condenada a ser una encarnación de las promesas no cumplidas, y probablemente no cumplibles, de la tradición de pensamiento político occidental.

El capítulo dedicado al liberalismo reseña los componentes principales del *ethos* liberal, entre los que se encuentran: "racionalismo político, hostilidad hacia la autocracia, disgusto cultural por el conservadurismo y por la tradición en general, tolerancia".(8) Pero resulta particularmente interesante el análisis que Dunn ofrece del individualismo, término tan abusado en nuestro medio. Resalta la conceptualización del individualismo, entre otras, como una estetización de la existencia, conceptualización que se enfrenta a otra, más mecánica y sociológica que tiende a reducir "la naturaleza humana a un flujo de deseos intrínsecamente carentes de sentido y autorreferentes".(9) Estas dos versiones del individualismo conviven

5 *Ibid.*, p. 3.

6 *Ibid.*, p. 18-19.

7 *Ibid.*, p. 44.

8 *Ibid.*, p. 52.

9 *Ibid.*, p. 55.

incómodamente en el liberalismo contemporáneo. ¿Cómo valorizar la individualización del sujeto, si al mismo tiempo se le concibe como el mero entrecruce de deseos y apetitos sin sentido? El liberalismo tiende entonces a despolitizar la individualización, acorralándola al ámbito de lo puramente privado. La esperanza, trágicamente ingenua, del liberalismo es que la vida privada de los ciudadanos de una sociedad liberal se constituirá en un universo de autogestión; que una sociedad compuesta por sujetos que en su condición sociológica no son más que una conjunción de impulsos más o menos racionales, pueda combinar efectivamente una organización sociopolítica relativamente pacífica y ordenada con la promoción de individualidades, en lo privado, relativamente autónomas y dignas de, si no admiración, al menos respeto. La hegemonía del liberalismo en el panorama político mundial acentúa aún más la distancia entre las demandas conceptuales de sus valores y las exigencias prácticas de su organización política y económica. De hecho, los ideales de la teoría liberal, según Dunn, están bastante desapegados de la realidad de las democracias liberales de nuestro tiempo, y la indudable oquedad del universo interior del individuo medio contemporáneo es un lugar de alerta con respecto a este desapego.

Similarmente, la supervivencia de hecho de los nacionalismos no han encontrado como respuesta por parte de la teoría política tradicional más que (en muchos casos, desafortunados) vituperios de irracionalidad, que tienden a ser igualmente, si no más, irracionales que los mismos nacionalismos. Como indica Dunn, los nacionalismos, en general, no dan voz a demandas más amorales o irracionales que la demanda de autopreservación. Descrito de esta manera, claro está, el nacionalismo deja en evidencia su trivialidad intelectual y normativa, trivialidad que, sin embargo, no disminuye la seriedad de los embates que ciertos grupos culturales han recibido. El conflicto puesto en evidencia por la persistencia de los nacionalismos se refiere más bien al contraste entre un mundo cada vez más integrado (la muy mentada 'globalización') y la demanda de protección de intereses culturales, políticos y económicos locales. La irracionalidad o inmoralidad de los nacionalismos sólo se refieren a los intentos de "imponer estos intereses con daño directo a los intereses de otro".⁽¹⁰⁾ Este reconocimiento del conflicto entre el nacionalismo y la integración mundial se hace ineludible al observar la debilidad que aún caracteriza a una de las demandas más evidentemente globales y urgentes del presente: la protección de nuestro hábitat. Ninguna teoría política ha sido capaz de solventar esta incongruencia tan patente.

Estas insuficiencias de la teoría política contemporánea para estrechar la distancia entre las figuras conceptuales del pensamiento político occidental y la realidad, llevan a Dunn a considerar el ámbito que casi por definición intenta transformar lo real en lo ideal: la revolución. Pero el problema central de toda teoría revolucionaria es formular un futuro posible que legitime la destrucción, o al menos la alteración profunda y dramática del presente. Como ya se habrá supuesto, Dunn considera que no existe ninguna teoría política que nos provea de un futuro creíblemente superior al presente. En estas circunstancias no es más que irresponsabilidad promover cambios revolucionarios, no obstante la credibilidad del juicio respecto de la pobreza del contenido ético de la organización económica y sociopolítica del mundo actual.

Dada esta circunstancia, Dunn siente la obligación de hurgar en la teoría política occidental para descubrir elementos que nos permitan vislumbrar maneras en las cuales deberíamos

10 *Ibid.*, p. 128.

11 *Ibid.*, p. 218.

ver y sentir nuestras propias vidas. “Es un hecho palmario”, dice Dunn, “que hoy no sabemos lo que estamos haciendo”,(11) y el rol de la teoría política hacia el futuro debería ser el de sugerir, simplemente, maneras de vivir en forma más sensata. El diagnóstico de Dunn, sin embargo, es que la teoría política académica se ve sumida en el presente en un profundo desconcierto con respecto a las posibilidades de reinterpretar sus principios como para solventar esta situación. Pero más descorazonador aún es la noción de que en realidad la teoría política occidental “como recurso relativamente integrado para hacer la historia se encuentra posiblemente en estos momentos en su apogeo”,(12) y es precisamente en su apogeo que es incapaz de proveernos de concepciones desmitificadas de la realidad, y de alternativas para “hacer que el futuro sea menos sombrío”.(13) Esta desmitificación no se remite a una descripción descarnada de ‘los verdaderos intereses’ (poder, dinero, ambición, placer, o cualquiera de los equivalentes pertenecientes a una típica lista de motivaciones ‘amorales’) de los seres humanos, ya sea individualmente o colectivamente: “Ver la importancia causal en política de las percepciones y los sentimientos morales y espirituales no es necesariamente verlos de una manera sentimental. La forma en que los seres humanos ven y sienten las cosas es en sí un hecho del poder, y por tanto constituye un constreñimiento en la lucha misma por la riqueza y el poder, o un recurso dentro de esa lucha.”(14) Lo que sí requiere esta desmitificación es la aclaración de las seguridades “nebulosas, pero porfiadas”(15) (adoptando el lenguaje de Dunn) que la teoría política ha pretendido, e insiste en pretender, ofrecer. Se entiende que un componente ineludible de esta aclaración es el reconocimiento de estas nebulosas como tales. No es la menor contribución de *La agonía del pensamiento político occidental* el describir, ahora sí descarnadamente, estas nebulosas. Dunn insiste en que la circunstancia presente requiere nada más ni nada menos que “una reorganización drástica y efectiva de sus principales elementos”(16) , pero no encuentra en la teoría política contemporánea ninguna indicación de cómo se podría llevar a cabo esta reorganización.

Sin duda la evaluación del presente que Dunn nos propone no puede ser calificada de otra manera que profundamente pesimista. No me permitiré evaluar este pesimismo con respecto a las circunstancias empíricas del presente sociopolítico mundial. Lo que sí quisiera consignar es que quizá la evaluación eminentemente negativa que Dunn hace de la teoría política contemporánea se remite a su concepción del rol de la teoría política. La de Dunn es una concepción de la teoría política profundamente atractiva, que le atribuye un protagonismo esencial para la formulación y reformulación de los futuros posibles de la humanidad. Y es sin duda cierto que en el presente “las teorías filosóficas modernas de la justicia... no son en su mayor parte activamente desorientadoras. Lo que son es simplemente vanas: inertes en la práctica.”(17) Pero lo que debemos preguntarnos es si alguna vez en la historia ha sido radicalmente distinto. Son contados los casos en los cuales podemos aseverar fehacientemente que las teorías filosóficas de la justicia hayan tenido un rol determinante en la práctica, por lo menos en su contexto histórico inmediato. Sin embargo, es evidente que las realidades políticas

12 *Ibid.*, p. 208.

13 *Ibid.*, p. 212.

14 *Ibid.*, p. 199.

15 *Ibid.*, p. 207.

16 *Ibid.*, p. 208.

17 *Ibid.*, p. 210.

18 *Ibid.*, p. 218.

del mundo de hoy han sido condicionadas en forma bastante reconocible por la filosofía política del pasado, tanto con respecto a su descripción empírica, como en cuanto a su evaluación normativa. Me parece entonces apresurado afirmar que la teoría política contemporánea esté condenada, *sécula seculorum*, a ser inerte en la práctica. Dunn en cierto sentido es más sombrío aún, puesto que su crítica se dirige no tan sólo a la teoría política contemporánea, sino al cúmulo de argumentos que constituyen a la teoría política como una disciplina, “en cuanto inventario de comprensión acumulativa”.(18)

Más allá de esto, me parece válido cuestionar la, como ya dije, atractiva concepción de la teoría política que Dunn asume. Es ésta quizá *demasiado* atractiva. Atribuirle a una disciplina el rol de custodia “intelectual de nuestras aspiraciones morales, espirituales o estéticas”(19) es invitar a la frustración, no a cenar, sino a pasar una larga temporada con nosotros. Una anomalía central de la teoría política es que siempre pretende más de lo que puede cumplir, y es por esto que el rol de custodia que Dunn le atribuye no puede ser abandonado sin más, pero tampoco debe ser asumido sin un cierto grado de ironía. Obviamente no quiero sugerir que la teoría política deje de tomarse en serio a sí misma. La ironía que recomiendo se refiere al reconocimiento de la distancia que necesariamente existe, y que en mi opinión debe existir, entre los valores que la teoría política promueve y las posibilidades morales de la humanidad, de los pueblos y de los individuos que componemos la humanidad.

En su conclusión Dunn nos invita a reconsiderar una virtud que debe ser rescatada de las hipocresías que se cometen en su nombre: la prudencia. En lugar de servir para justificar la mantención de prácticas gubernamentales o burocráticas que se legitiman sin más por el mero hecho de estar instauradas (las “cómodas rutinas de los políticos profesionales”(20)), Dunn ofrece una concepción de la prudencia que la identifica con “una previsión a largo plazo y [...] una amplia y sobria comprensión de los intereses que comparten todos los seres humanos, sin ocultar de modo alguno la amplia gama de intereses que siempre dividirán a unos de otros.”(21) La teoría política quizá no está en condiciones de definir cuáles serían los juicios prudentes acordes al presente, pero sí tiene la capacidad y el deber de mostrar por qué se hace necesaria una prudencia “cognoscitivamente más exigente y humanamente menos indulgente”.(22) Es en estos términos que *La agonía del pensamiento político occidental* es un libro de lectura urgente. La prudencia no es la virtud del conservador; más bien, es la virtud del que, como Dunn, reconoce la distancia entre su espectro cognoscitivo y normativo, y la realidad. Si el pensamiento político occidental agoniza, se le debe asignar a la falta de prudencia al menos parte de la responsabilidad.

TOMÁS A. CHUAQUI

*Instituto de Ciencia Política
Pontificia Universidad Católica de Chile*

19 *Ibid.*, p. 210.

20 *Ibid.*, p. 217.

21 *Ibid.*, p. 217.

22 *Ibid.*, p. 217.